

DE
L'EGALITE'
DES DEUX
SEXES,
DISCOVRS
PHYSIQUE
ET MORAL,

Où l'on voit l'importance de se
défaire des Préjugés.



A PARIS.
Chez JEAN DU PUIS, rue Saint Jacques
à la Couronne d'Or.
M. DC. LXXIII.
Avec Privilège du Roy.



Comité editorial

Luis Benítez Bribiesca
Norma Blazquez Graf
Daniel Cazés Menache
Enrique Contreras Suárez
Rolando García Boutigue
Rogelio López Torres
John Saxe-Fernández
Isauro Uribe Pineda
Guadalupe Valencia García


La
igualdad
de los
SEXOS

*Discurso físico y moral
en el que se destaca
la importancia
de deshacerse de
los prejuicios*



François Poulain de la Barre



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

CENTRO DE INVESTIGACIONES INTERDISCIPLINARIAS EN CIENCIAS Y HUMANIDADES
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES

trado que una idea tan antigua como el mundo y tan universal como el género humano es un prejuicio o un error, los sabios podrán convencerse por fin de la necesidad de juzgar las cosas por ellos mismos después de examinarlas: quien desea evitar equivocaciones, no puede atenerse a la opinión ni a la buena fe de los demás.

No hay prejuicio más adecuado para este propósito que el que domina en torno a la desigualdad entre los sexos.

Si consideramos el estado actual de esta desigualdad, advertiremos que, en efecto, las mujeres y los hombres cumplen funciones civiles diferentes, y que tal diferencia depende más del entendimiento que de los cuerpos. Si se busca la razón de esto en los cursos ordinarios, se hallará que, hayan estudiado o no, todos los hombres y las mujeres mismas coinciden en que ellas no acceden a las ciencias ni a los cargos públicos porque no son capaces de hacerlo ya que son menos inteligentes que los hombres, por lo que deben estar en posición inferior a ellos en todo, como de hecho lo están.

Regla de la verdad

Examinemos esta opinión siguiendo la regla de la verdad conforme a la cual nada puede admitirse como verdadero si no se sustenta en ideas claras y nítidas:

Por un lado, la aseveración sobre la inferioridad de las mujeres, fundada en un prejuicio y en una tradición popular, es falsa. Por otra parte, encontraremos

PREFACIO

que explica el plan y el propósito de este discurso

Nada hay más delicado que reflexionar acerca de las mujeres.

Cuando un hombre habla a favor de ellas, la gente imagina de inmediato que lo hace por galantería o por amor. Muy probablemente muchas personas que juzguen este discurso por su título pensarán que es resultado de la primera o del segundo; a ellas quizá les agrade conocer los motivos y el propósito verdaderos del autor. Helos aquí:

La mejor idea que pueden tener quienes trabajan para adquirir una ciencia sólida tras haber sido intruidos según el método vulgar consiste en dudar de si se les ha enseñado bien, y en querer descubrir la verdad por ellos mismos.

En el desarrollo de su búsqueda, necesariamente se dan cuenta de que todos estamos llenos de prejuicios, y de que es preciso renunciar absolutamente a ellos para adquirir conocimientos claros.

Para enunciar una máxima tan importante, lo mejor es elegir un tema igualmente importante e impactante que interese a todos. Así, una vez que se haya demos-

que ambos sexos son iguales, es decir, que las mujeres son tan dignas, tan perfectas y tan capaces como los hombres. Esto sólo puede establecerse refutando tanto al vulgo como a casi todos los sabios.

Puesto que las creencias vulgares no tienen más sustento que la costumbre y las apariencias superfuas, la mejor manera de combatir el prejuicio consiste en comprender la manera en que las mujeres han sido sometidas y excluidas de las ciencias y de los cargos. Para poder reconocer que ellas poseen características que las hacen iguales a los hombres, hay que examinar las principales condiciones y situaciones de su vida.

A lo mencionado hasta aquí se refiere la Primera Parte de este tratado. En la Segunda Parte se sostiene que las pruebas de los sabios son vanas.

Una vez establecido el principio de la igualdad con base en razones positivas, se explican los defectos que se atribuyen a las mujeres y se demuestra que son imaginarios o de poca monta, que provienen únicamente de la educación que han recibido, y que marcan en ellas ventajas considerables.

Este tema puede ser tratado de dos maneras: con galantería, es decir, en forma amable y florida, o bien filosóficamente y conforme a principios que permitan llegar al fondo de la cuestión.

Quienes poseen una idea justa de la verdadera eloquencia saben bien que las dos formas son casi incompatibles y que no se puede iluminar el entendimiento y alegrarlo por la misma vía. No se trata de que sea imposible unir la cortesía con la razón, sino de que

hacerlo impide a menudo cumplir con el cometido del discurso, que es el de convencer y persuadir.

La galantería distrae al entendimiento y le impide detenerse en lo que es sólido. Sabemos que a las mujeres se dirigen miradas particulares; por ello, si en una obra acerca de ellas interfiere la galantería, quienes la lean distraerán sus pensamientos y perderán de vista aquello de lo que debieran ocuparse.

Puesto que no hay nada que interese más a las mujeres que la necesidad de decir acerca de ellas lo más consistente y verdadero que el mundo pueda apoyar, consideramos que debe hablarse seriamente y advertir que lo hacemos para alejar la idea de que ésta pueda ser una obra galante y evitar que por esa razón no sea tomada en cuenta o que sea rechazada por las personas escrupulosas.

No ignoramos que este discurso molestará a muchas personas; tampoco ignoramos que aquellas cuyos intereses y preceptos son contrarios a lo que aquí se dice no cejarán para expresarse en contra. Con el propósito de atender a sus cuestionamientos, recomendamos a las personas inteligentes, y particularmente a las mujeres, que no se dejen engañar por quienes ejercen autoridad sobre ellas: si leen este tratado con la atención que merece al menos la variedad de temas que ofrece, hallarán que las características esenciales de la verdad son la claridad y la evidencia.

Lo anterior podría servir para reconocer si las refutaciones que se hagan a lo que aquí se expone son dignas de consideración o no. Es posible notar que las más refinadas de ellas son formuladas por personas

que parecen renunciar a la experiencia, al buen sentido y a sí mismas, para abrazar ciegamente lo que conviene a sus prejuicios e intereses; por ese motivo queda claro que con sus opiniones combaten cualquier verdad que parezca atacarla.

Recomendamos tener presente que los malos efectos de un terror pánico que puede provocar esta experiencia ocasionen que no alcance a una sola mujer, pero, en todo caso, el temor tiene su contrapeso en el gran bien que puede resultar de la lectura de esta obra.

Quizá la mejor vía, la más natural y la más pura para apartar a la mayoría de las mujeres del ocio al que se las ha reducido y de los inconvenientes que de tal situación provienen, consista en proponerles el estudio, que es una de las pocas cosas en que las mujeres pueden ocuparse hoy. De esa manera sabrán, si no lo saben ya, que son tan aptas como los hombres.

Sólo quienes no son razonables abusan de las ventajas que les da la costumbre para perjudicar a las mujeres. De igual manera, sólo las mujeres menos juiciosas se servirían de esta obra para levantarse contra los hombres que las tratan como sus iguales y sus compañeras.

Quien se ofenda con este discurso por cualquier causa, tendrá que reflexionar con la verdad y no con el autor. Para evitarse esta pena, puede decirse a sí mismo que hay un solo juego del entendimiento.

Seguramente este ejercicio de imaginación u otro semejante harán la verdad mucho menos incómoda para quienes no pueden soportarla.



D É

L'ÉGALITÉ DES DEUX SEXES.

PARTIE I.

On l'on montre que l'opinion vulgaire est un préjugé, & qu'en comparant sans intérêt ce que l'on peut remarquer dans la conduite des hommes & des femmes, on est obligé de reconnoître entre les deux Sexes une égalité entière.

Les hommes sont persuadés d'une infinité de choses dont ils ne sçavoient rendre raison; parceque leur persuasion n'est fondée que sur de légères apparences, auxquelles ils se sont laissez emporter; & ils eussent crû

Que les hommes sont plus de préjugés.

A

nio en los relojes y otras máquinas cuya estructura y resortes desconocen.

Si hubiéramos crecido en medio del mar sin poder acercarnos a la tierra, al cambiar de sitio en una embarcación creeríamos que las costas se alejan de nosotros, como lo creen los niños cuando zarpan en un barco.

Cada persona considera que su país es el mejor, y que su religión es la única verdadera y la que todo el mundo debe practicar, aunque nunca haya pensado en analizarla ni en compararla con las demás.

Nos sentimos siempre más cerca de los coterráneos que de los extranjeros incluso en cuestiones en las que el derecho favorece a los primeros, y la pasamos mejor con nuestros colegas aunque posean poca inteligencia y pocas virtudes.

En pocas palabras, la desigualdad de bienes y de condiciones hace que muchas personas juzguen que los seres humanos no somos iguales.

Si buscamos en qué se fundan estas opiniones, hallaremos que sólo están basadas en el interés o en las costumbres; también descubriremos que es infinitamente más difícil cambiar los sentimientos que provienen del prejuicio, que los adoptados por razones convincentes y poderosas.

Opinión contraria a la del público

Es fácil y muy necesario percibir que entre esos juicios se cuentan los que vulgarmente se emiten acerca de la diferencia entre los sexos y, sobre todo, advertir lo que

PRIMERA PARTE

*en dónde se muestra que
la opinión vulgar es un prejuicio,*

y que,

*al comparar desinteresadamente
la conducta de hombres y mujeres,
estamos obligados a*

reconocer la igualdad de los sexos

Estamos llenos de prejuicios

Estamos persuadidos de infinidad de cosas que no pueden explicar por qué muchas convicciones provienen de apariencias infundadas por las que nos dejamos llevar. También podríamos creer lo contrario si otras impresiones de los sentidos o de la costumbre hubieran sido igualmente determinantes para nosotros.

Fuera de unos cuantos sabios, todo el mundo considera indudable que el sol se mueve alrededor de la Tierra aun si se lo observa en la sucesión de los días y de los años.

Usualmente se supone que los animales poseen algún conocimiento que los dirige, y de la misma manera los ignorantes se figuran que hay un pequeño demo-

depende de tales juicios, pues nada hay más antiguo ni más universal.

Sabios e ignorantes están tan convencidos de que las mujeres son inferiores a los hombres en capacidad y en mérito, y de que deben permanecer en la dependencia, que no dejará de suponerse que la idea contraria es singularmente paradójica.

Pero si los hombres fueran más equitativos y estudiaran menos apegados a sus intereses y a su creencias, no sería necesario exponer razones positivas para fundamentar cualquier idea contraria al prejuicio generalizado. Bastaría advertir a quienes esgrimen concepciones y argumentos a favor de la desigualdad entre los sexos, que, para dejar en desventaja a las mujeres, hasta hoy sólo se ha hablado a la ligera de sus diferencias respecto de los hombres, y que para juzgar de manera sana si nuestro sexo posee algún privilegio natural por encima del de ellas, ha de pensarse seria y desinteresadamente; para hacerlo, primero se precisa renunciar a lo que se ha creído gracias a la opinión ajena y sin haberlo examinado personalmente.

Lo que debe hacerse para juzgar bien las cosas

Cualquier persona indiferente o desinteresada reconocería sin duda que la falta de luces y la precipitación la hacen afirmar que las mujeres son menos dignas y menos excelentes que nosotros; también, que ciertas circunstancias naturales les imponen los defectos y las imperfecciones que se les atribuyen, y

las hacen despreciables para mucha gente. Por otra parte, hay que notar que, vistas superficialmente, las apariencias que engañan a la gente pueden servir para sacar a cualquiera de su error si profundiza un poco. Mas si la persona en cuestión fuera un filósofo, hallaría las razones físicas que prueban sin lugar a dudas que ambos sexos son iguales en cuerpo y en entendimiento.

Dado que no hay muchas personas capaces de detenerse por sí mismas en estos razonamientos, todo será inútil si no nos tomamos la pena de trabajar con ellas para ayudarles a elaborarlos. Puesto que la opinión de quienes carecen de estudios es la más generalizada, nuestro examen debe comenzar con ellos.

Lo que los hombres creen de las mujeres

Si se preguntara a cada hombre lo que piensa de las mujeres y cada uno lo admite sinceramente, sin duda diría que están hechas para pertenecernos, y que sólo sirven para criar a los niños y ocuparse de las tareas domésticas. Quizá los más entendidos señalen que muchas mujeres poseen inteligencia y son de conducta refinada, pero que, examinándolas de cerca, siempre se hallará en ellas algo que huele a su sexo. También podrán decir que no tienen ni firmeza ni juicio, ni el fondo de entendimiento que ellos creen reconocer en sí mismos; más aún, de seguro concluirán que vedar a las mujeres su participación en las ciencias, en el gobierno y en los cargos es algo que proviene al mis-

mo tiempo de la divina providencia y de la sabiduría masculina. Sin duda agregarán que sería cómico ver a una mujer enseñar desde una cátedra la elocuencia o la medicina, o andar por las calles seguida de comisarios y sargentos en funciones policiales, o litigar ante los jueces como abogada, o formar parte de un tribunal para hacer justicia, o encabezar un parlamento, o dirigir un ejército, o hablar ante las repúblicas o los príncipes como embajadora.

Reconozco que esas situaciones nos sorprenderían, pero sólo en razón de que serían absolutamente novedosas.

Si al conformarse los Estados y al establecerse las diferentes funciones que los integran se hubiera llamado también a las mujeres, estaríamos acostumbrados a verlas como ellas nos ven a nosotros; entonces no nos extrañaría que fueran, por ejemplo, jueces en los tribunales.

Si se insiste un poco, se hallará que, en lo referente a las mujeres, las razones más poderosas se reducen a subrayar el hecho de que las cosas han sido siempre como son, lo que demuestra que así deben ser pues, si estuvieran capacitadas para la ciencia y para los cargos públicos, los hombres las habrían admitido a su lado.

Falsa idea de la costumbre

Estos razonamientos provienen de la manera en que se concibe la desigualdad entre hombres y mujeres, y de la falsa idea de que basta que una costumbre esté arraigada para sostener que sus fundamentos son sólidos.

Ya que se acepta que sólo debe actuarse por la razón, la mayoría de la gente ignora que no ha sido consultada para que se le impongan prácticas tan universalmente aceptadas como las relacionadas con la desigualdad de los sexos: se piensa que la razón y la prudencia han establecido esas prácticas y que es obligatorio conformarse a ellas cuando no es posible hacer otra cosa sin dar lugar a conflictos.

Por qué se cree que las mujeres son inferiores a los hombres

Cada quien ve en su propio medio que las mujeres viven en una sujeción que las hace depender de los hombres en todo, y que les impide el acceso a las ciencias y a cualquier posición que les permita distinguirse gracias a las ventajas del entendimiento. Nadie ha visto que las cosas sean diferentes, y se cree que así ha sido siempre y que no hay lugar de la tierra en el que no se trate a las mujeres como en el propio. Hay incluso sitios en donde se las ve como esclavas. En China les empuerñecen los pies desde la infancia para impedirles salir de sus casas, donde casi nunca ven a nadie más que a sus maridos y a sus hijos y otros parientes. En Turquía se las constriñe igualmente. No están mejor en Italia. Casi todos los pueblos de Asia, de África y de América tratan a sus mujeres como se trata aquí a las sirvientas. En todas partes se las obliga a ocuparse sólo de lo que se considera inferior; además, puesto que sólo ellas se encargan de las menudas tareas domésticas y de los niños, es común persuadirse

de que sólo están en el mundo para eso y de que son incapaces de cualquier otra cosa.

Es difícil imaginar que todo podría ser diferente, y parece imposible que esta situación cambie por más esfuerzos que se hagan.

Al fundar sus repúblicas, los legisladores más sabios no pensaron en promulgar nada que fuera favorable para las mujeres. Todas las leyes parecen haber sido hechas únicamente para mantener a los hombres en posiciones de privilegio.

Casi nadie que haya hablado de las mujeres y pase por sabio ha dicho algo a favor de ellas.

La conducta de los hombres hacia las mujeres es tan uniforme a través de los siglos y en toda la tierra, que parece que se han puesto de acuerdo o, como muchos lo imaginan, que han sido obligados a comportarse como lo hacen debido a un instinto secreto, es decir, a una orden del autor de la naturaleza.

Cómo deben juzgarse las costumbres antiguas

Muchas personas que piensan así fortalecen sus convicciones cuando observan la manera en que las mismas mujeres soportan su condición: ésta es vista como algo natural porque ellas no piensan en lo que son, o porque al nacer y crecer en dependencia aprecian su condición de la misma manera en que lo hacen los hombres.

Desde estos puntos de vista, mujeres y hombres tienden a creer que sus inteligencias son tan dife-

rentes como lo son sus cuerpos, y que debe haber entre los sexos tantas distinciones en las funciones vitales como son diferentes las particularidades de cada quien. Sin embargo, esta convicción, como la mayor parte de nuestras certezas acerca de los usos y las costumbres, no es más que un prejuicio que nos formamos en torno a la apariencia de las cosas cuando no las examinamos de cerca. Nos desengañaríamos si nos tomáramos la molestia de remontar las cosas hasta sus fuentes y de juzgar lo que se hizo antaño en contraste con lo que se hace hoy, es decir, si comparáramos las costumbres antiguas con las de nuestro tiempo.

Si hubiéramos seguido esta regla en una infinidad de juicios, no habríamos caído en tantos errores como los que aceptamos como verdades incuestionables.

En lo que concierne a la condición actual de las mujeres, habríamos reconocido que han sido sometidas por la ley del más fuerte y que, si no comparten con nosotros lo que enaltece a nuestro sexo por encima del suyo, no ha sido por falta de capacidad natural ni de méritos.

Cómo nos hemos gobernado siempre

En efecto, cuando se consideran profundamente el pasado y el presente, se descubren las similitudes en un punto: la razón ha sido siempre lo más débil.

Tal parece que todos los tratados de historia se han hecho tan sólo para mostrar lo que cada quien ve en su tiempo. Pero si recorremos las fases de la historia,

las poseen de la misma forma que los hombres. Estas ideas se renuevan, se fortalecen y se mantienen por el uso continuo de los sentidos. La inteligencia actúa siempre, y quien conoce bien cómo funciona en un aspecto determinado, puede descubrir sin esfuerzo cómo lo hace en todos los demás. La diferencia entre la impresión que nos dejan el sol y una centella es sólo de intensidad.

Para reflexionar adecuadamente sobre todo esto, no se requiere ni destreza ni ejercicio corporal.

No sucede lo mismo con lo que exige aplicar profundamente la inteligencia. Las ideas arbitrarias son más difíciles de captar y de retener. La razón por la que se necesita tanto tiempo para conocer bien un oficio, es que depende de una prolongada ejercitación; se requiere destreza para conservar correctamente las proporciones en un telar, para distribuir adecuadamente la seda o la lana, para mezclar en su justa medida los colores, para no apretar o aflojar demasiado los puntos, para no poner más en una hilera que en otra, para que las tonalidades sean imperceptibles. En pocas palabras, se requiere saber hacer y variar de mil modos diferentes las obras de arte para alcanzar las habilidades que requieren. En las ciencias, en cambio, sólo hay que observar con orden lo que ya está hecho y es siempre uniforme. Toda la dificultad para lograrlo proviene menos de los objetos y de la disposición de sus cuerpos, que de la poca capacidad de los maestros.

Así pues, no hay de qué extrañarse tanto cuando hombres y mujeres sin estudios hablan de cosas re-

ferentes a las ciencias. El método para aprenderlas sólo permite rectificar el buen sentido que ha sido confundido por la precipitación, por la costumbre y por el uso.

La idea que acabamos de dar de la ciencia podría bastar para convencer a las personas sin prejuicios de que los hombres y las mujeres son igualmente capaces para dedicarse a ella. Pero dado que la opinión contraria está profundamente arraigada, para desarraigarla es preciso combatirla con principios. En esa forma, al unir las apariencias que se atribuyen a las mujeres y a las que nos hemos referido en la primera parte, con las razones físicas que presentaremos a continuación, será posible convencerse plenamente de la igualdad.

Las mujeres,

conforme a los principios de la filosofía,

son tan capaces como los hombres de toda suerte de

conocimientos

La inteligencia no tiene sexo

Es fácil percatarse de que la diferencia de los sexos no concierne más que al cuerpo, pues sólo él tiene que ver con la reproducción; la inteligencia no hace más que dar su consentimiento, y lo hace en todas las personas del mismo modo, por lo que hay que concluir que no tiene sexo.

La inteligencia es igual en todos los seres humanos

Si se la considera en sí misma, se observa que la inteligencia es igual y de la misma naturaleza en todos los seres humanos: permite que las mujeres y los hombres produzcan toda suerte de pensamientos, y que los más jóvenes recurran al entendimiento tanto como los mayores. No se necesita más entendimiento para conocer un ácaro que para conocer un elefante; cualquiera que sepa en qué consisten la luz y el fuego de una chispa sabe también lo que es la luz del sol. Cuando nos acostumbramos a pensar en las cosas que sólo conciernen al espíritu, se ve claramente que, por lo menos en la misma medida que en lo concerniente a lo material, conocemos por los sentidos.

Origen de las diferencias entre los seres humanos

No encuentro gran diferencia entre la inteligencia de un hombre burdo e ignorante y la de un hombre delicado e ilustrado, que entre la inteligencia de un mismo hombre a los diez años de edad y a los cuarenta.

Puesto que no hay mayor diferencia en la capacidad de entendimiento entre hombres y mujeres, puede decirse que no es esto lo que hace diferentes a los primeros de las segundas.

Las características del cuerpo, pero sobre todo la educación, el ejercicio y las impresiones que adquirimos de todo lo que nos rodea son las causas natura-

les y sensibles de la diversidad que se percibe entre hombres y mujeres.

La inteligencia actúa en las mujeres igual que en los hombres

Es Dios quien une el espíritu y el entendimiento en cuerpo de la mujer igual que en el del hombre, y los une por las mismas leyes. Son los sentimientos, las pasiones y las voluntades los que hacen y mantienen tal unión. Dado que el entendimiento no actúa de modo distinto en uno u otro sexo, en ambos es capaz de las mismas cosas.

La inteligencia percibe las cosas del mismo modo en ambos sexos

Lo anterior es aún más evidente cuando sólo se considera cabeza, el único órgano de la ciencia y en el que la inteligencia efectúa todas sus funciones. La anatomía más precisa no detecta diferencia alguna entre hombres y mujeres en esa parte del cuerpo. El cerebro de ellas es enteramente semejante al nuestro. En él se reciben y se organizan las impresiones de los sentidos, y no se almacenan de modo distinto para la imaginación ni para la memoria. Como nosotros, las mujeres oyen por los oídos, ven por los ojos y degustan con la lengua. No hay nada particular en la disposición de estos órganos, excepto que por lo general son más delicados en ellas, lo cual es una ventaja. Con todo, los objetos

exteriores afectan a las mujeres de la misma manera que a los hombres: la luz por los ojos y el sonido por los oídos.

Las mujeres tienen capacidad para la metafísica

Entonces, nadie puede impedir que las mujeres se consagren al conocimiento de sí mismas, a examinar en qué consiste la naturaleza de la inteligencia, cuántos tipos de pensamiento hay y cómo se estimulan gracias a ciertos procesos corporales; tampoco es posible impedirles consultar las ideas naturales que tienen acerca de Dios ni, comenzando por las cosas del entendimiento, a disponer con orden sus pensamientos y apropiarse de la ciencia que llamamos metafísica.

Las mujeres tienen capacidad para la física y la medicina

Dado que las mujeres, igual que los hombres, tienen ojos y manos, ¿no podrían hacer ellas mismas la disección de un cuerpo humano u observar cómo se hace, apreciar su simetría y su estructura, distinguir la diversidad, la diferencia y la relación entre sus partes, sus formas, sus movimientos y sus funciones, las alteraciones de las que son susceptibles? A partir de todo ello, ¿no podrían concluir la manera de conservarlos en buena salud y de restituírsela cuando cambia?

Para hacer lo que acabamos de enumerar, las mujeres sólo necesitarían conocer la naturaleza de los cuerpos exteriores que tienen relación con el suyo propio, descubrir sus propiedades y todo lo que les permite generar cualquier impresión positiva o negativa. Este conocimiento se alcanza en su totalidad mediante los sentidos y las diversas experiencias que con ellos se adquieren. Puesto que las mujeres son capaces de ambas cosas, pueden aprender tan bien como nosotros la física y la medicina.

No hace falta una gran inteligencia para darse cuenta de que la respiración es absolutamente necesaria para conservar la vida, y que tiene lugar por medio del aire que, al entrar por los canales de la nariz y de la boca, llega a los pulmones para refrescar la sangre que circula en ellos y ocasionar diferentes alteraciones, según sea mayor o menor espeso por la mezcla de vapores y de exhalaciones con las que a menudo se mezcla.

En qué consiste el gusto

En lo que toca al cuerpo, ¿es acaso tan difícil descubrir que el gusto de los alimentos consiste en la forma en que son diluidos sobre la lengua por la saliva? No hay quien no sienta que algunas viandas causan en la boca sensaciones menos agradables que aquéllas con las que solemos alimentarnos.

Lo que falta comprender acerca de las funciones del cuerpo humano consideradas con orden, no representa mayor dificultad.

que se llama virtud en un tiempo puede volverse vicio en otro, y por tanto todos los temperamentos son iguales.

La noción de virtud

Para entender mejor lo que es la virtud, es preciso señalar que sólo nuestra alma es capaz de virtud; ésta consiste en la firme y constante resolución de hacer lo que se juzga mejor en cada circunstancia.

Propiamente, el cuerpo no es más que el órgano y el instrumento de tal resolución, igual que una espada es instrumento para el ataque y la defensa. Las diferentes circunstancias que hacen al cuerpo más o menos apropiado para su uso respecto de la virtud sólo han de llamarse buenas o malas en la medida en que sus efectos sean de ordinario más importantes para el bien o para el mal. Por ejemplo, huir para alejarse de los males que amenazan puede juzgarse en formas diferentes, porque hay peligros que no pueden evitarse de otro modo lo más prudente puede ser huir; en cambio, optar por la fuga cuando el riesgo puede superarse mediante una generosa resistencia que produzca más bien que mal, puede no ser más que una cobardía censurable.

Las mujeres son igualmente propensas al vicio que los hombres

La inteligencia no es menor en las mujeres que en los hombres que muestran la firme resolución que constituye la virtud, ni de reconocer los momentos en que hay que ejercerla. Ellas pueden regular sus pasiones

tanto como nosotros, y no son más propensas que nosotros al vicio que al bien. Hasta podría inclinarse la balanza a su favor en este respecto, puesto que el afecto por los hijos, incomparablemente más fuerte en las mujeres que en los hombres, está naturalmente ligado a la compasión, que puede reconocerse como virtud y vínculo de la sociedad civil.

Sólo podemos concebir razonablemente que la sociedad se ha establecido para satisfacer las necesidades comunes a todos. Si se observa de cerca cómo se forman en nosotros las pasiones, se verá que la manera en que las mujeres contribuyen a la producción y a la educación de las personas tiene como consecuencia natural que en sus aficciones las traten, en cierta modo, como si se tratara de sus hijos.

La diferencia entre hombres y mujeres en lo que respecta a los valores, proviene de la educación

Es importante señalar que las predisposiciones que traemos al nacer no son buenas ni malas, pues sólo reconociendo esto y sabiéndolo bien puede evitarse el error bastante común de atribuir a la naturaleza lo que proviene de la costumbre.

De lo que es capaz el estado exterior

Nos rompemos la cabeza para saber por qué tenemos ciertos defectos y determinada manera de ser. Se debe a que no hemos observado lo que pueden hacer en

nosotros los hábitos, las prácticas, la educación y el estado exterior, es decir, la combinación de factores como el sexo, la edad, la fortuna o el cargo que nos ubican en la sociedad. Lo cierto es que estas diferentes perspectivas, al diversificar infinitamente las ideas y las pasiones, también predisponen a las mentes para observar de muy distinta forma las verdades que se les presentan.

Por lo anterior, un mismo principio propuesto simultáneamente a burgueses, soldados, jueces y príncipes, afecta y hace actuar de modo diferente a cada uno de ellos. Porque los hombres, al no preocuparse más que de lo externo, lo consideran medida y regla de sus ideas. De ahí que unos dejen pasar como inútil lo que ocupa intensamente a otros, que disguste a los militares lo que complace a los clérigos, y que personas del mismo temperamento se vean afectadas de modo distinto por las mismas cosas, en tanto que personas de constitución diferente pero de fortuna o educación idénticas las entienden del mismo modo.

No pretendo que todos los hombres traen al mundo la misma constitución corporal, pues ésta sería una pretensión mal fundada: los hay ágiles y los hay lentos. Pero no parece que esa diversidad impida que sus mentes reciban la misma instrucción. Lo único que sucede es que unos la reciben más rápido y de manera más apropiada que otros. Así, cualquiera que sea el temperamento de las mujeres, ellas no son menos capaces que nosotros para la verdad y para el estudio.

Los defectos atribuidos a las mujeres proviene de la educación

Si hoy en día se encuentra en algunas mujeres determinado defecto o ciertos impedimentos, e incluso que todas conciban ciertas cosas como los hombres aunque la experiencia muestre lo contrario, sólo debemos atribuirlo al estado exterior de su sexo y a la educación que reciben, lo que incluye a la ignorancia en que se las deja, a los prejuicios y errores que se les infunden, al ejemplo que reciben de sus semejantes y a todas las situaciones a que las reducen: la cortesía, las limitaciones, la represión, la sujeción y la timidez.

La educación de las mujeres

Nunca se omite nada de lo que puede convencer a las mujeres de que la gran diferencia entre su sexo y el nuestro es obra de la razón o designio divino. La indumentaria, la educación y la práctica no pueden ser más diferentes. Se sostiene que una hija sólo está segura bajo la protección de su madre o la supervisión de una preceptora que no se aparte de su lado. A cada mujer se le infunde miedo hacia todo y se la amenaza con espíritus que pueden aparecer en cualquier parte de la casa donde pueda encontrarse sola. Si no va escoltada, hay en las calles y hasta en los templos algo a qué temerle. El gran esmero que se pone en acicalarla ocupa gran parte de su entendimiento. La cantidad de miradas que recibe y de discursos que escucha sobre la belleza, atraen todos sus pensamientos; y los cumpli-

dos que recibe a este respecto hacen que invierta en ello todo su entusiasmo. Como no le hablan de otra cosa, limita a eso todos sus proyectos sin llevar más alto la vista. En el mejor de los casos, el baile, las *Escrituras* y la lectura son las prácticas más frecuentes de algunas mujeres cuyas bibliotecas personales generalmente las forman algunos libros de devoción además de lo que haya en su estuche de joyas.

Se desea que toda la ciencia de las mujeres se reduzca al trabajo con la aguja, que el espejo y el oráculo que consulten sean sus grandes maestros. Los bailes, las comedias, las modas son sus temas de conversación y ven a los círculos o a las tertulias como si se tratara de célebres academias a las que van a aprender todas las novedades sobre su sexo. Y si llega a suceder que algunas se distinguan de las demás por la lectura de algunos libros a los que les habrá costado gran esfuerzo acceder para cultivar sus mentes, tendrán a menudo que ocultar que lo hacen pues la mayor parte de sus compañeras no dejarían de acusarlas de preciosismo por celos o por cualquier otro motivo.

Por lo que toca a las muchachas que no pertenecen a la nobleza y deben ganarse la vida trabajando, cultivar la inteligencia les resulta aún más inútil. En cuanto alcanzan la capacidad necesaria, se las hace aprender un oficio que convenga a su sexo, y la necesidad de ocuparse continuamente en él les impide pensar en algo más. Y cuando unas y otras, formadas como se las forme, llegan a la edad del matrimonio, las casan o bien las confinan en un claustro en el que siguen viviendo tal y como vivieron hasta entonces.

¿Hay algo de todo lo que se enseña a las mujeres que contribuya a darles una instrucción sólida? Al contrario, parece que se ha resuelto darles este tipo de educación para aplacar su valentía, para opacar su entendimiento, para llenarlas de vanidad y banalidades, para sofocar en ellas todo germen de virtud y de verdad, para volver inútil cualquier disposición que puedan tener hacia las grandes empresas, y para quitarles el deseo de volverse tan perfectas como se dice que somos nosotros, pues se les quitan todos los medios para ello.

Imaginario, los defectos atribuidos a las mujeres

Cuando pongo atención a la manera en que se miran los defectos que se atribuyen a las mujeres, concluyo que esta conducta es indigna en personas dotadas de razón.

Si hay igual cantidad de cosas que criticar en ambos sexos, el que acusa al otro peca contra la equidad natural; si hay mayor mal en el nuestro y no lo vemos, somos temerarios cuando hablamos de los males del otro sexo; si los vemos pero no decimos nada sobre nuestros defectos, somos injustos al censurar al otro sexo que tiene menos.

Puesto que hay mejores cosas en las mujeres que en los hombres, éstos deben ser acusados de ignorancia o de envidia al no reconocerlo.

Cuando hay mayor virtud que vicio en una persona, la virtud debe servir para anular el vicio; y cuando sus